

FE Y CONNATURALIDAD

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ ALIÓ

Doctor en Teología

Faith and connaturality

Man presents two essential modes of connaturality with God in the supernatural order: the connaturality which is the fruit of our adoption as children of God; and that which is born and is nurtured in terms of our friendship with Jesus Christ. Knowledge of connaturality is intuitive and is structured on signs. The connaturality which is proper to faith has to be in harmony with the connaturality which is proper to the society one lives in: the culture. This harmony between faith and culture generally arises in the sphere of ethics, philosophy and the positive sciences. The inculturation of faith in those and other spheres is a task of the Church: of pastors, theologians and laymen, each in his respective functions.

El objeto de la presente comunicación es la consideración de un aspecto que pensamos tiene una especial importancia en las relaciones fe-razón: la característica del conocimiento de la fe como conocimiento de connaturalidad¹. Y esto lo vamos a hacer bajo tres aspectos: en razón del objeto propio; en razón de su finalidad y en razón de su “modo”²; para luego detenernos en sus de sus consecuencias.

1. Las obras que hemos tenido especialmente presentes en este trabajo son: para el conocimiento de connaturalidad PERO-SANZ ELORZ, J. M., *El conocimiento de connaturalidad*, Rialp, Madrid 1964, y GONZÁLEZ AYSTA, C., *El don de sabiduría según Santo Tomás. Divinización, filiación, connaturalidad*, EUNSA, Pamplona, 1998 –si bien este último se encuentra más en el ámbito de la teología espiritual, y dentro de las cuestiones propias de esta materia–; para las relaciones fe-cultura: MIGUENS, F., *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II*, Palabra, Madrid 1994.

2. En realidad estos tres aspectos son coincidentes, como iremos viendo a lo largo del trabajo.

En sentido propio, entendemos por fe: la fe cristiana³, y la estudiamos no como una realidad “independiente”, sino como un aspecto más —especialmente importante— de la vida del creyente cristiano, que elevado por la gracia santificante es hecho partícipe de la naturaleza divina, sus potencias son elevadas por las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo, y es hijo de Dios por adopción. De este modo, su vida en esta tierra es ya “vida divina”: la vida propia de un hijo de Dios⁴.

La fe virtud teologal: su objeto propio

En primer lugar, la fe se nos ha revelado como una realidad sobrenatural en sentido estricto: es teologal, y precisamente lo es por su objeto propio.

El objeto de todo intelecto —el divino y el de las criaturas— es la verdad, todo entendimiento está abierto a todo lo que tiene razón de ser y, en consecuencia, de verdad. Sin embargo, de acuerdo a la naturaleza de cada persona —sujeto intelectual— tiene su objeto propio: el Intelecto divino tiene como objeto propio a las Personas divinas, en razón de su divinidad, y a partir de este objeto propio conoce todas las cosas como realidades que participan o pueden participar de su Ser. Los ángeles tienen como objeto propio a sí mismos y de modo mediato a Dios como su Creador; finalmente, el hombre tiene como objeto propio de su conocimiento la naturaleza de los seres materiales⁵ y, a partir de ella, puede conocer por analogía a Dios como su Creador⁶.

La elevación sobrenatural —mediante la gracia santificante— nos hace partícipes de la Naturaleza divina en cuanto divina⁷. Ahora bien, esto qué significa: que las operaciones del hombre pasan a ser operacio-

3. No consideramos el simple conocimiento o creencias religiosas en general, la cuestión de las creencias.

4. No tendremos en cuenta, sin embargo, el carácter —nuestra participación en el triple *munus* de Cristo—. Aunque de modo indirecto aparecerá al hablar de la misión de la Iglesia y de cada uno de sus miembros en el proceso de la inculturación de la fe, en razón de su misión profética.

5. El conocimiento humano comienza por los sentidos, y en consecuencia a partir de las cosas materiales. Lo que además lleva a que no conozca “esencias”, sino “naturalezas”, ya que llega al conocimiento de lo que son las cosas a partir de las operaciones de las mismas. Sobre el conocimiento de sí mismo, es un conocimiento reflejo fruto de su ser autoconsciente en todas sus operaciones espirituales.

6. Cfr. Rom 1, 18 y ss.

7. Esta expresión, tradicional en la teología escolástica, pone de manifiesto que no sólo participamos de la Naturaleza divina en razón de la creación —toda criatura participa— de la Naturaleza divina, y en el hombre a nivel de imagen de Dios —somos personas—, sino que participamos de la Naturaleza divina en cuanto principio de operaciones divinas.

nes “divinas”⁸: su inteligencia y su voluntad, sin dejar de ser humanas, son elevadas a tener como objeto propio las Personas divinas: conocerlas y amarlas como Ellas se conocen y se aman. Y es éste el primer sentido en el que decimos que el conocimiento de la fe es un conocimiento de connaturalidad de las Personas divinas: pues somos hechos “connaturales” con Ellas. Por eso la fe es una virtud teologal.

De todos modos, conviene recordar ahora, aunque insistiremos más adelante, que la virtud de la fe es esencialmente imperfecta, pues si bien es teologal, tiene como objeto propio al objeto propio de las Personas divinas, no es un conocimiento como el Suyo: no es un conocimiento por evidencia. Lo que sólo ocurrirá en el cielo, cuando la fe sea sustituida por el *lumen gloriae*, y seremos semejantes a Él por lo que lo veremos tal como es⁹, mientras que ahora lo “vemos” como en un espejo¹⁰.

El fin de la fe: la amistad íntima con las Personas divinas

Dice así el Concilio Vaticano II: “Quiso Dios, con su bondad y sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”¹¹. El fin de la fe es, pues, la amistad con Dios, la amistad íntima y personal con cada una de las Personas divinas. Precisamente, la fe no sólo es teologal por el objeto –Dios–, sino por su fin: Dios.

Éste es el segundo modo en el que decimos que el conocimiento de la fe es un conocimiento de connaturalidad: es fruto y está ordenado al Amor interpersonal: a la amistad.

La fe es cristiana

Continúa la Constitución *Dei Verbum*: “La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación [...] Después que Dios habló muchas veces y de muchas ma-

8. Del conocimiento y amor propio de Dios.

9. Cfr. 1 Jn 3, 2.

10. Cfr. 1 Co 13, 12.

11. CONCILIO VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 2.

neras por los Profetas, ‘últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo’, pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, ‘hombre enviado, a los hombres’, ‘habla palabras de Dios’ y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo –ver al cual es ver al Padre–, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna”¹².

Vamos a considerar tres aspectos de esta afirmación: el fundamento de que Jesucristo sea la plenitud de la Revelación, el contenido de esta Revelación en Cristo y la nueva connaturalidad que ello supone.

Fundamento de que Jesucristo sea la plenitud de la Revelación

Nos vamos a referir solamente a uno en concreto¹³, que corresponde a la afirmación del *Catecismo de la Iglesia Católica*: “(La) naturaleza humana de Cristo pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a ‘uno de la Trinidad’. El Hijo de Dios comunica, pues, a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad. Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad”¹⁴. Jesucristo, en razón de la unión hipostática, en sus palabras¹⁵ y sus obras manifiesta su modo de ser personal en la Trinidad: manifiesta al “modo humano” su “modo de ser divino”. Y de esta manera mostraba a los hombres su Persona.

Contenido de esta Revelación

Como ya hemos dicho: “... los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, ‘hombre enviado, a los hombres’, ‘habla palabras

12. *Ibíd.*, nn. 2-4

13. Otros aspectos relacionados con el tema, como es el de que sólo el Verbo encarnado puede ser el Mesías profeta, lo hemos tratado en nuestro trabajo: “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo: La relación intrínseca entre mesianidad y filiación”, en *El Espíritu Santo y la Iglesia*, Pamplona 1999, pp. 225-240.

14. CIC, n. 470.

15. Nos parece importante tener en cuenta lo que más adelante dice el mismo *Catecismo* sobre el conocimiento de Cristo, para comprender el alcance de sus palabras: nn. 473-474.

de Dios' y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo –ver al cual es ver al Padre–, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna”¹⁶.

Nos parece, sin embargo, necesario incluir otro texto del Concilio: “Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta obscuridad. Nadie en ciertos momentos, sobre todo en los acontecimientos más importantes de la vida, puede huir del todo el interrogante referido. A este problema sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta; Dios, que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad. [...] En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona”.

“El que es imagen de Dios invisible es también el hombre perfecto”¹⁷.

Todo lo cual, nos lleva a poder afirmar que los elementos centrales del contenido de esta Revelación son:

Respecto de Dios:

- que Él es el Hijo de Dios y, en consecuencia, nos Revela a Sí mismo y al Padre;
- que Él es el Ungido por el Espíritu Santo y, en consecuencia, nos Revela al Espíritu Santo;
- en consecuencia, nos Revela el Misterio de la Santísima Trinidad;
- nos Revela “al modo humano” el “modo de ser” de Dios: nos manifiesta como Dios vive la Justicia, la Omnipotencia, la Misericordia, la Fidelidad, el Amor...;
- finalmente nos Revela el Amor que Dios nos tiene: que el Padre nos tiene, que el Hijo nos tiene, que el Espíritu Santo nos tiene.

16. CONCILIO VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 4.

17. Íd., Const. *Gaudium et spes*, nn. 21-22.

De este modo entendemos que Dios nos da a conocer Su intimidad: la intimidad Intratrinitaria.

Respecto del hombre:

- el hombre es la “única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo”¹⁸;
- su dignidad: el ser un valor por sí mismo, pues existe como fruto de un acto concreto de amor eterno de Dios, y confirmado por su elección y salvación por Cristo¹⁹;
- siendo Cristo perfecto hombre –el Hombre, el nuevo Adán– manifiesta al hombre el valor de su propia humanidad;
- siendo Cristo perfecto Dios, el Unigénito divino por naturaleza; en razón de su Encarnación, pasa a ser el Primogénito entre muchos hermanos²⁰, manifiesta al hombre su ser hijo de Dios por adopción;
- con su Resurrección revela al hombre la vocación última a la que está llamado²¹;
- finalmente, junto a toda esta realidad, en Cristo se nos da la respuesta al misterio del dolor y de la muerte²².

18. “Más aún, el Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno, abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad [...] Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás”. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22

19. Cfr. Ef 1, 4.

20. Cfr. Rom 8, 29.

21. “El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe las primicias del Espíritu, las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor. Por medio de este Espíritu, que es prenda de la herencia, se restaura internamente todo el hombre hasta que llegue la redención del cuerpo [...] Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros”. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

22. “Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido. [...] Urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones, contra el demonio, e incluso de padecer la muerte. Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección [...] Éste es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu; ¡Abba!, ¡Padre!”, ibíd.

Y así se nos pone de relieve cómo Cristo nos da a conocer el misterio del hombre, en su referencia inmediata al Misterio Cristo y en la última al Misterio de Dios²³.

La nueva connaturalidad

La Encarnación supone que el Hijo de Dios sea verdadero hombre: “El que es imagen de Dios invisible es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual.

“El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”²⁴.

En la economía salvífica, la Encarnación lleva consigo una nueva connaturalidad del hombre con Dios, mejor dicho, con el Hijo de Dios pues somos connaturales con Él en razón de la naturaleza humana.

Toma aquí toda su fuerza la realidad de la Humanidad Santísima de Cristo como “camino” al Hijo, y en Él al Padre y al Espíritu Santo: “Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo”²⁵.

De este modo “imitando a Cristo, alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino”²⁶: una imitación que tiene que ir necesariamente unida a la amistad humana y sobrenatural con Él –a enamorarse de la Santísima Humanidad de Jesucristo–. Y mediante esa amistad humano-divina nos vamos haciendo cada vez más connaturales con Cristo.

La connaturalidad con Dios en la economía salvífica: la connaturalidad de la fe

De todo lo expuesto nos encontramos con dos tipos esenciales de connaturalidad del hombre con Dios en el orden sobrenatural.

La connaturalidad fruto de la elevación sobrenatural, que nos hace “consortes de la naturaleza divina” –Dioses por participación, Personas

23. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, nn. 12 y ss.

24. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

25. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Amigos de Dios*, 4.^a ed., Rialp, Madrid 1978, n. 299.

26. *Ibíd.*, n. 252.

divinas por participación: realmente hijos de Dios por adopción—: que supone una connaturalidad con el objeto de la inteligencia y la voluntad divina, una connaturalidad de amistad y una connaturalidad de fin. Lo que hablando de la fe ha sido expresado por San Agustín mediante la afirmación: “*credere Deo, credere Deum, credere in Deum*”.

La connaturalidad con Jesucristo en razón de su Humanidad, que crece en la medida que crece nuestra amistad con Él.

Conocimiento de connaturalidad

Aunque sea muy brevemente, nos parece necesario hablar de algunas características del conocimiento de connaturalidad, y del mismo concepto de connaturalidad.

Connaturalidad, bien común y semejanza

El concepto de connaturalidad está intrínsecamente unido a cuatro conceptos: bien común, semejanza, amistad y fe. Veamos los dos primeros. Precisamente la connaturalidad, en primer lugar hace referencia a una cierta unidad de voluntades y, en consecuencia, a la existencia de un bien común sobre el que se estructura. Hay con-naturalidad entre dos personas cuando hay un bien común a ambas. A su vez, la connaturalidad y el bien común exigen una cierta semejanza entre esas personas.

Connaturalidad, amistad y fe

La existencia de ese bien común y de esa semejanza, es sinónimo de “amistad” en el sentido amplio del término. Y de este modo, hay tantos tipos de amistad como tipos de bien común: amistad social, amistad profesional, amistad esponsal, amistad familiar, amistad de vecindad..., donde el bien común social, profesional, esponsal..., determinan el nivel propio de esa amistad. A ese bien común pertenece un conjunto de verdades comunes a quienes están unidos por él. Y, en consecuencia, cada amistad lleva necesariamente el poder compartir esas verdades, lo cual exige que exista fe entre las personas en aquel ámbito de verdades comunes. Nos encontramos así con un vínculo necesario entre fe y amistad: verdades comunes e intercomunicación de esas verdades. Este vínculo alcanza su máximo grado cuando se trata de la “amistad personal”, donde el bien común son “el nosotros” propio de esa amistad, y las verdades comunes —la intimidad de las personas— sólo son alcanzables por la libre comunicación de los amigos. Por eso, en esta amistad el vínculo fe-amistad es absolutamente imprescindible.

Características del conocimiento de connaturalidad

El conocimiento de connaturalidad para ser auténticamente humano exige que sea razonable, lo que lleva a dos cuestiones radicales²⁷: tiene que haber un fundamento racional de la fiabilidad de la otra persona de que su amistad es verdadera, y la capacidad de captar la verdad que me comunica. Estas condiciones llevan a que el conocimiento de connaturalidad presente dos características fundamentales: ser “intuitivo” y estar estructurado sobre “signos”²⁸.

a. *Conocimiento estructurado en signos*

No es un conocimiento fundado sobre la evidencia, pues en ese caso no sería necesaria la fe. No es evidente ni de un modo inmediato ni de un modo mediato –o demostrable racionalmente–; la certeza se alcanza en razón de un conjunto de “signos”: que llevan a la certeza de la veracidad –de la verdadera amistad– de la otra persona.

b. *Es un conocimiento intuitivo*

Precisamente estos “signos” son significativos, tienen valor de signos, en razón de la connaturalidad –de la semejanza entre ambas personas–, que llevan a esa certeza. Y a este tipo de conocimiento es al que calificamos de “intuitivo”, o lo que se podría llamar impropriamente “evidencia de connaturalidad”.

c. *Connaturalidad y lenguaje*

De otra parte, la transmisión de las verdades comunes se realiza también mediante un conjunto de signos cuyo “contenido cognoscitivo” está en estrecha relación con el bien común, con la semejanza, con la connaturalidad propia de cada tipo de amistad: y es lo que constituye el lenguaje²⁹.

d. *El conocimiento interpersonal*

Finalmente, y fijándonos especialmente en la amistad interpersonal, podemos afirmar que el conocimiento propio de las personas en cuanto tales se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las acciones realizadas por la persona esclarecen y confirman lo que dice –esto es, las verdades significadas por las pala-

27. La fe hace siempre referencia a alguien que es creído y a la verdad creída.

28. Ver PERO-SANZ ELORZ, J. M., op. cit., pp. 55 y ss.

29. En todo tipo de comunidad humana, unida en razón de un bien común, le corresponde un lenguaje propio, que es en cuanto tal un elemento capital de cada “cultura”.

bras–, y las palabras, por su parte, nos dan a conocer el sentido profundo de las acciones³⁰.

Las relaciones fe-razón

Entramos finalmente en las consecuencias principales de lo que hemos dicho respecto a lo que es propio del presente Simposio: las relaciones entre fe y razón.

“Elevación”, no “transformación”

Un punto de capital importancia es establecer los elementos en los que se estructura esta relación, y de la que vamos a considerar tres aspectos.

a. La gracia supone la naturaleza y no la destruye

Una enseñanza constante de la Iglesia es que la gracia supone, eleva y sana la naturaleza, y no la destruye. El hombre no deja de ser hombre al ser elevado al orden sobrenatural. Por eso, en sentido propio la gracia santificante no supone una “transformación”—el paso de una naturaleza a otra—, sino una “elevación”, pues conservando su naturaleza humana, mediante la gracia, el hombre es realmente participe de la naturaleza divina, es “divinizado” sin dejar de ser hombre³¹.

b. Existe en el creyente un doble orden de conocimiento

Precisamente porque sin dejar de ser hombre, la fe le permite tener como objeto de su conocimiento aquel que es sólo propio de Dios, se da en el creyente un doble orden de conocimiento: “El perpetuo sentir de la Iglesia católica, sostuvo también y sostiene que hay un doble orden de conocimiento, distinto no sólo por su principio, sino también por su objeto; por su principio, primeramente, porque en uno conocemos por razón natural, y en el otro por fe divina; por su objeto también, porque aparte de aquellas cosas que la razón natural puede alcanzar, se nos proponen para creer misterios escondidos en Dios de los que, a no haber sido divinamente revelados, no se pudiera tener noti-

30. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 2.

31. No existe una transformación substancial, pues si fuera así el hombre dejaría de ser hombre; si existe una transformación accidental especialísima —una “divinización—, ésta es la función de la “gracia habitual”, llamada así porque Santo Tomás la califica de “hábito entitativo” (hábito que no se da nunca en el orden natural, en el que los hábitos son siempre operativos).

cia. Por eso el Apóstol [...], manifiesta: ‘Proclamamos la sabiduría de Dios en el misterio; sabiduría que está escondida, que Dios predestinó antes de los siglos para gloria nuestra, que ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido...; pero a nosotros Dios nos la ha revelado por medio de su Espíritu. Porque el Espíritu, todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios’. Y el Unigénito mismo alaba al Padre, porque escondió estas cosas a los sabios y prudentes y se las reveló a los pequeños”³². En los puntos posteriores el Concilio Vaticano I insistirá en la ayuda mutua entre ambos tipos de conocimiento, realidad que Juan Pablo II expresará con la afirmación: “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”³³.

c. *La unidad del hombre exige la armonización de ambos órdenes: la unidad de vida*

Ahora bien, la distinción de esos dos órdenes de conocimiento no supone, no debe suponer, una ruptura en la misma intimidad de la persona humana, sino que ambos deben estar perfectamente armonizados entre sí.

Uno de los aspectos en los que ha insistido más el Beato Josemaría Escrivá ha sido la necesidad de una “unidad de vida sencilla y fuerte”³⁴ en toda la realidad personal del creyente. Rechazaba totalmente una posible “esquizofrenia” en la vida, en la inteligencia y en la voluntad de los hijos de Dios. Decía así: “¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales”³⁵. Y remedando unas palabras suyas sobre la realidad de un único corazón en el hombre, y por tanto, la armonía y unidad intrínseca entre el cariño humano y la caridad³⁶, podemos afirmar que no pose-

32. CONCILIO VATICANO I, Const. *Dei Filius*, c. 4.

33. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, proem.

34. Dice así el texto completo: “En esta tierra, la contemplación de las realidades sobrenaturales, la acción de la gracia en nuestras almas, el amor al prójimo como fruto sabroso del amor a Dios, suponen ya un anticipo del Cielo, una incoación destinada a crecer día a día. No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se fundan y compenetran todas nuestras acciones”, ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1978, 15.ª ed., n. 126.

35. Íd., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1969, 3.ª ed., n. 114.

36. Para que se os metiera bien en la cabeza esta verdad, de una forma gráfica, he predicado en millares de ocasiones que nosotros no poseemos un corazón para amar a Dios, y otro para querer a las criaturas: este pobre corazón nuestro, de carne, quiere con un cariño huma-

emos una cabeza para conocer a Dios y otra para conocer las cosas creadas, tenemos una única cabeza que piensa con un entender humano que, si está unida a la luz de la fe, es un entender de un creyente.

Esta armonía tiene su fundamento, como recuerda el Concilio Vaticano I: "... ninguna verdadera disensión puede darse jamás entre la fe y la razón, como quiera que el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe, puso dentro del alma humana la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo ni la verdad contradecir jamás a la verdad. Ahora bien, la vana apariencia de esta contradicción se origina principalmente o de que los dogmas de la fe no han sido entendidos y expuestos según la mente de la Iglesia, o de que las fantasías de las opiniones son tenidas como axiomas de la razón. Así, pues, 'toda aserción contraria a la verdad de la fe iluminada, definimos que es absolutamente falsa'³⁷.

Sin embargo, esta armonía en la realidad existencial de cada creyente, exige un esfuerzo, un empeño en formarse, de modo que las verdades de la fe lleguen a ser verdaderas "convicciones", y no algo añadido o superpuesto a su propia actividad intelectual, o en un sentido más profundo en su propia vida personal. Cuando esto no ocurre, esa fe es una fe "no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida"³⁸. Con otras palabras, el cristiano tiene que cooperar con el Espíritu Santo en el proceso de su "cristificación" de modo que su personalidad sea un reflejo de la "Personalidad" de Cristo, dentro de su situación concreta de carácter, cultura, formación humana... Y, aunque sin olvidar la unidad de toda la persona, esta unidad entre la fe y la razón es fruto fundamentalmente de la formación doctrinal –teológica– del creyente³⁹.

Una doble connaturalidad: las relaciones fe-cultura

Si consideramos esta realidad no ya en el ámbito estrictamente personal, sino en el social, en el que el creyente vive, nos encontramos con la realidad de que en todo creyente se deben armonizar dos connaturalidades: la connaturalidad propia de la fe –de su ser cristiano– y la connaturalidad propia de la sociedad en la que vive: la cultural. La insisten-

no que, si está unido al amor de Cristo, es también sobrenatural. Ésa, y no otra, es la caridad que hemos de cultivar en el alma, la que nos llevará a descubrir en los demás la imagen de Nuestro Señor", *íd.*, *Amigos de Dios*, op. cit., n. 229.

37. CONCILIO VATICANO I, Const. *Dei Filius*, c. 4.

38. JUAN PABLO II, Disc. Congreso Nacional del Movimiento Eclesial de Acción Cultural (16.I.1982).

39. Así lo refleja Juan Pablo II, en su Exh. apost. *Christifideles laici*. Ver especialmente los nn. 59-60.

cia del Concilio Vaticano II, de Pablo VI y de Juan Pablo II es muy grande⁴⁰. De momento, es suficiente la siguiente: “La síntesis entre cultura y fe no sólo es una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”⁴¹. De aquí la importancia capital de la inculturación de la fe.

La relación fe-cultura en sus diversos ámbitos

Muchas son las definiciones de la cultura⁴², de momento nos basta con la siguiente descripción ofrecida por Juan Pablo II en la carta al Cardenal Secretario de Estado por la que se constituía el Pontificio Consejo para la cultura: “... cultura viva, es decir, el conjunto de los principios y valores que constituyen el *ethos* de un pueblo”⁴³. Y nos vamos a fijar en tres de los ámbitos fundamentales de esta relación: el de la moral, el de la filosofía y el de las ciencias positivas.

a. Fe-moral

Comenzamos con las relaciones fe-moral, pues, de una parte, “en el centro de la cuestión cultural está el sentido moral”⁴⁴; de otra, porque la cuestión de la moral es donde el aspecto de la connaturalidad alcanza un mayor grado, ya que hace referencia al Bien. Y en este ámbito donde nos encontramos con la realidad de que Cristo: “... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”⁴⁵, de este modo, Cristo es el Esplendor de la Verdad sobre el hombre, y precisamente en el creyente la Ley divina: “Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar. ‘Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado’”⁴⁶. “Para poder ‘distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto’, sí es necesario el conocimiento de la ley de Dios en general, pero ésta no es suficiente: es indispensable una especie de ‘connaturalidad’ entre el hombre y el verdadero bien. Tal connaturalidad se fundamenta y se desarrolla en las actitudes virtuosas del hombre mismo: la prudencia y las otras virtudes cardinales, y en primer lugar las virtudes teologales de la fe, la

40. Ver MIGUENS, F., op. cit., pp. 56 y ss.

41. JUAN PABLO II, Disc. Congreso Nacional del Movimiento Eclesial de Acción Cultural (16.I.1982).

42. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 53.

43. JUAN PABLO II, Carta del 20.V.82.

44. Íd., Enc. *Veritatis Splendor*, n. 98.

45. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

46. CEC, 2074.

esperanza y la caridad. En este sentido, Jesús ha dicho: ‘El que obra la verdad, va a la luz’⁴⁷. La inculturación de la fe en el ámbito moral, lleva a construir una sociedad auténticamente humana: la “civilización del amor”, de la que hablaba Pablo VI⁴⁸ y sobre la que tanto ha insistido Juan Pablo II⁴⁹.

b. *Fe-filosofía*

El segundo ámbito que consideramos es el filosófico, y más concretamente el de la metafísica. Nos encontramos frente a la gran cuestión de la Verdad, de la apertura del hombre hacia la Verdad, a una Verdad que le trasciende y que por ello mismo tiene carácter de don. Sin la ayuda de la Revelación divina el hombre permanece como un enigma para sí mismo⁵⁰. Tomando como puntos de partida inamovibles: la Encarnación del Hijo de Dios, su entrada en la historia y, en consecuencia, por ser hombre perfecto –el Hombre– estar situado en un momento histórico y en una cultura determinada; y la universalidad –catolicidad de la Revelación– dirigida a todos los hombres de cualquier momento histórico y cultura⁵¹; Juan Pablo II expondrá, en su Encíclica *Fides et Ratio*, la realidad de la existencia de un “pensar filosófico” común a todos los hombres que tiene como una de sus características fundamentales la apertura radical a la Verdad, aunque esa Verdad trascienda a toda inteligencia humana. Mientras se mantenga este “pensar filosófico” y ningún sistema filosófico pretenda ser omnicompreensivo –cerrado en sí mismo y, en consecuencia, convertido en una ideología– es posible el diálogo y el alcanzar la armonía entre la razón y la fe⁵².

c. *Fe-ciencias positivas*

Si no fuera por el peligro del “cientifismo” presente en la cultura occidental actual⁵³, pensamos que es una cuestión muy secundaria. Las ciencias positivas por su misma metodología son reductivas de la realidad y las verdades a las que llega tienen un valor muy relativo. El peligro radica cuando el “método” de estas ciencias se quiere convertir en criterio absoluto de verdad, y pasa a ser un sistema filosófico globalizante –ideológico–, enclaustrando la apertura ilimitada del hombre a la Verdad a lo puramente empírico y matematizable. No hay una “ciencia

47. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, n. 64.

48. PABLO VI, Clausura Año Santo, 25.XII.75.

49. Cfr. p.e., JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n. 14, *Dominum et vivificantem*, n. 67, *Christifideles laici*, n. 54.

50. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

51. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, nn. 95-96.

52. *Ibidem*, especialmente los nn. 82-85.

53. Cfr. *Ibid.*, n. 88.

cristiana”, pero sí un “estilo”⁵⁴ cristiano de enfrentarse a ellas, que le lleva a descubrir en la armonía del universo, que estas ciencias ponen de relieve, la realidad de una Inteligencia amorosa que es su fundamento, el hecho de que Dios todo lo hace con Sabiduría y Amor.

La inculturación tarea de la Iglesia

La inculturación es tarea de toda la Iglesia: “Toda la Iglesia, participe del *munus propheticum* del Señor Jesús mediante el don de su Espíritu, está llamada a la evangelización y al testimonio de una vida de fe”⁵⁵.

Los cristianos “auténticos saben que la catequesis ‘se encarna’ en las diferentes culturas y ambientes: baste pensar en la diversidad tan grande de los pueblos, en los jóvenes de nuestro tiempo, en las circunstancias variadísimas en que hoy día se encuentran las gentes; pero no aceptan que la catequesis se empobrezca por abdicación o reducción de su mensaje, por adaptaciones, aun de lenguaje, que comprometan el ‘buen depósito’ de la fe, o por concesiones en materia de fe o de moral; están convencidos de que la verdadera catequesis acaba por enriquecer a esas culturas, ayudándolas a superar los puntos deficientes o incluso inhumanos que hay en ellas y comunicando a sus valores legítimos la plenitud de Cristo”⁵⁶.

“La fuerza del Evangelio es en todas partes transformadora y regeneradora. Cuando penetra una cultura, ¿quién puede sorprenderse de que cambien en ella no pocos elementos? No habría catequesis si fuere el Evangelio el que hubiera de cambiar en contacto con las culturas.

“En ese caso ocurriría sencillamente lo que San Pablo llama, con una expresión muy fuerte, ‘reducir a nada la cruz de Cristo’”⁵⁷.

Sin embargo, a cada uno le corresponde llevarla a cabo de acuerdo a su misión propia en la Iglesia.

Los Pastores

“La responsabilidad de la fe y la vida de fe del Pueblo de Dios pesa de forma peculiar y propia sobre los Pastores, como nos recuerda el Concilio Vaticano II: ‘Entre las principales funciones de los obispos destaca el anuncio del Evangelio. En efecto, los obispos son los predica-

54. Utilizamos esta palabra, en vez de la de “modo”, porque nos parece más abierta a la pluralidad de “modos” cristianos de plantearse las distintas ciencias.

55. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, n. 109.

56. *Id.*, *Catechesi tradendae*, n. 53.

57. *Ibid.*

dores del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo. Son también los maestros auténticos, por estar dotados de la autoridad de Cristo. Ellos predicán al pueblo que tienen confiado la fe que hay que creer y que hay que llevar a la práctica y la iluminan con la luz del Espíritu Santo. Sacando del tesoro de la Revelación lo nuevo y lo viejo, hacen que dé frutos y con su vigilancia alejan los errores que amenazan a su rebaño”⁵⁸.

“Como Obispos, tenemos el deber de vigilar *para que la Palabra de Dios sea enseñada fielmente*. Forma parte de nuestro ministerio pastoral [...] Todos somos ayudados en esta tarea por los teólogos; sin embargo, las opiniones teológicas no constituyen la regla ni la norma de nuestra enseñanza. Su autoridad deriva, con la asistencia del Espíritu Santo y en comunión “*cum Petro et sub Petro*”, de nuestra fidelidad a la fe católica recibida de los Apóstoles. Como Obispos tenemos la obligación grave de vigilar *personalmente* para que la ‘sana doctrina’ de la fe y la moral sea enseñada”⁵⁹.

Los teólogos

“Entre las vocaciones suscitadas por el Espíritu en la Iglesia se distingue la del teólogo, que tiene la función especial de lograr, en comunión con el Magisterio, una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios contenida en la Escritura inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia. Por su propia naturaleza la fe interpela la inteligencia, porque descubre al hombre la verdad sobre su destino y el camino para alcanzarlo. Aunque la verdad revelada supere nuestro modo de hablar y nuestros conceptos sean imperfectos frente a su insondable grandeza, sin embargo, invita a nuestra razón –don de Dios otorgado para captar la verdad– a entrar en el ámbito de su luz, capacitándola así para comprender en cierta medida lo que ha creído. La ciencia teológica, que busca la inteligencia de la fe respondiendo a la invitación de la voz de la verdad, ayuda al Pueblo de Dios, según el mandamiento del apóstol, a dar cuenta de su esperanza a aquellos que se lo piden”⁶⁰. “Como inteligencia de la Revelación, la teología en las diversas épocas históricas ha debido afrontar siempre las exigencias de las diferentes culturas para luego conciliar en ellas el contenido de la fe con una conceptualización coherente”⁶¹.

58. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, n. 114

59. *Ibid.*, n. 116.

60. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instr. *Donum veritatis* (24 de mayo de 1990).

61. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 92.

Los laicos

Sin embargo, la tarea de inculturar la fe de un modo inmediato se podría decir que es la más propia de los laicos, en virtud de su participación en el triple *munus* de Cristo –sacerdotal, profético y regio–, y construyendo la sociedad y la cultura codo con codo junto a sus conciudadanos, influyen de una manera especialísima en que esa sociedad y cultura estén impregnadas de sentido cristiano y, por ello mismo, de un verdadero sentido humano.

Dice así Juan Pablo II: “El servicio a la persona y a la sociedad humana se manifiesta y se actúa a través de la creación y la transmisión de la cultura [...] La cultura debe considerarse como el bien común de cada pueblo, la expresión de su dignidad, libertad y creatividad, el testimonio de su camino histórico. En concreto, sólo desde dentro y a través de la cultura, la fe cristiana llega a hacerse histórica y creadora de historia [...] Por eso la Iglesia pide que los fieles laicos están presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista [...] Tal presencia está destinada no sólo al reconocimiento y a la eventual purificación de los elementos de la cultura existente críticamente ponderados, sino también a su elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana. Lo que el Concilio Vaticano II escribe sobre las relaciones entre el Evangelio y la cultura representa un hecho histórico constante y, a la vez, un ideal práctico de singular actualidad y urgencia; es un programa exigente consignado a la responsabilidad pastoral de la Iglesia entera y, dentro de ella, a la específica responsabilidad de los fieles laicos [...] Es necesario evangelizar –no decorativamente, a manera de un barniz superficial, sino en modo vital, en profundidad y hasta las raíces– la cultura y las culturas del hombre [...] La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época, como también lo fue de otras. Es necesario, por tanto, hacer todos los esfuerzos en pro de una generosa evangelización de la cultura, más exactamente de las culturas”⁶².

Por ello, “... los laicos, además, juntando también sus fuerzas, han de sanear las estructuras y las condiciones del mundo, de tal forma que, si algunas de sus costumbres incitan al pecado, todas ellas sean conformes con las normas de la justicia y favorezcan en vez de impedir la práctica de las virtudes. Obrando así, impregnarán de valores morales toda la cultura y las realizaciones humanas”⁶³.

62. Exh. apost. *Christifideles laici*, n. 44.

63. CEC, 909.

Conclusión

La elevación al orden sobrenatural supone en el hombre una conaturalidad con las Personas divinas. Esto se concreta, en la situación actual del hombre, en el hecho de que la fe es un conocimiento de conaturalidad, con todas las características que le son propias.

Además, el cristiano es una persona histórica –situada en un momento histórico y en una cultura determinada– y, en consecuencia, con aquella connaturalidad que recibe de la sociedad en que vive.

Por eso a cada cristiano, a cada generación de cristianos, le compete inculturar su fe en su propio ámbito social. Y, aunque es labor de toda la Iglesia, su labor inmediata compete de un modo especialísimo a los fieles laicos, que se encuentran en el mismo lugar donde se genera la cultura. Tarea, pues, de “la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres –de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas– que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad –repito–, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares”⁶⁴.

Y para llevar a cabo esta tarea es necesario que posean una profunda vida interior –que les configura con Cristo– y una adecuada formación doctrinal.

Decía así el Fundador del Opus Dei: “Para ti, que desees formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:

- amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;
- afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;
- una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;
- y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida”⁶⁵.

64. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, op. cit., n. 119.

65. Íd., *Surco 428*, en *Camino-Surco-Forja*, Rialp, Madrid 1999.